



JAVIER SANTISO
El sabor a sangre
no se me quita de la voz

Ilustraciones de
LITA CABELLUT



La
Huerta
Grande

El sabor a sangre
no se me quita de la voz

© De los textos: Javier Santiso
© De las ilustraciones: Lita Cabellut

Madrid, octubre 2022

EDITA: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN13: 978-84-18657-24-5
D. L.: M-19197-2022

Diseño cubierta: Lita Cabellut
Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27
28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/Printed in Spain

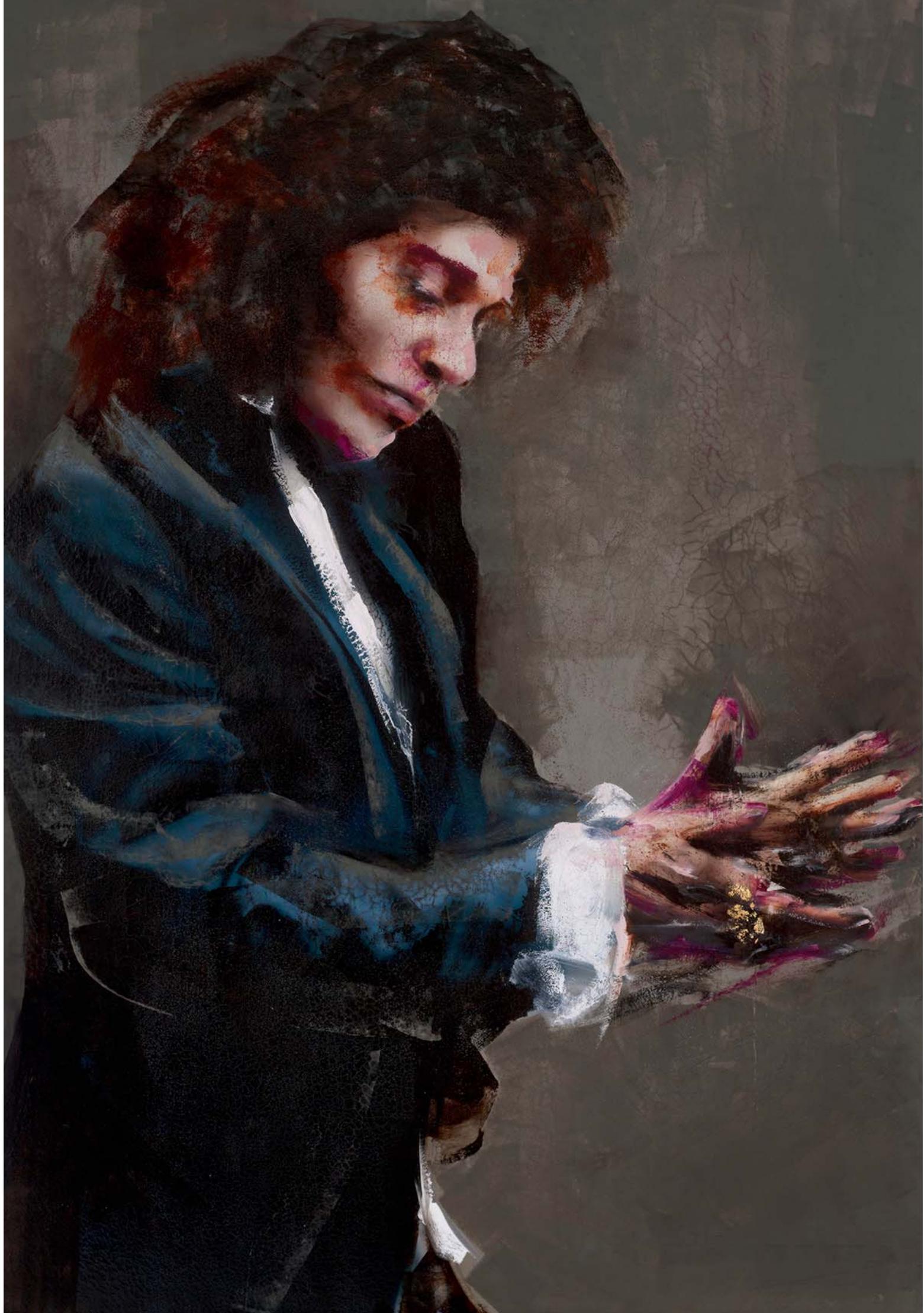
**El sabor a sangre
no se me quita de la voz**

Javier Santiso

Ilustraciones
Lita Cabellut

*El olor a sangre
no se me quita de los ojos.*

Francis Bacon

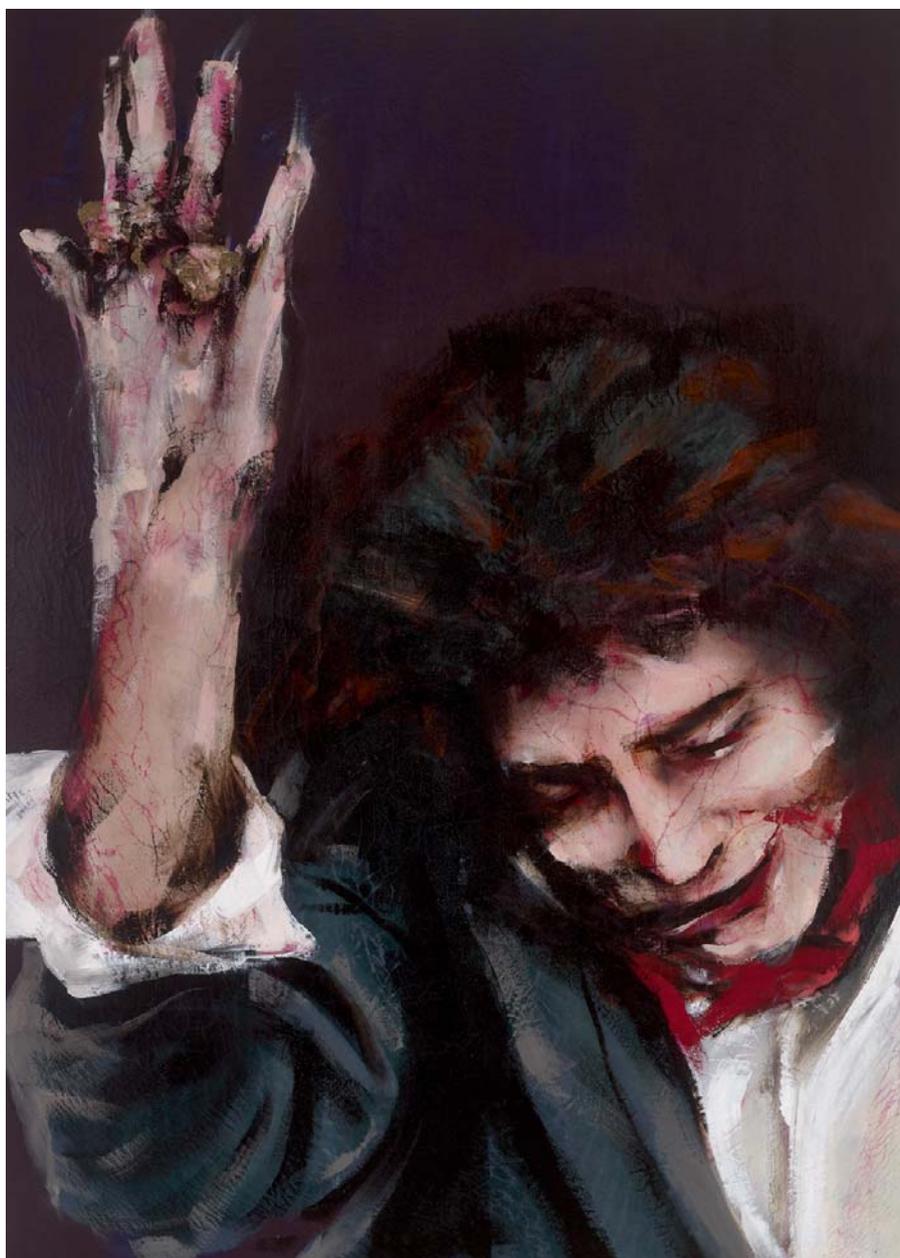


... Verás, yo nací en un pueblo viejo, una calle llena de rincones, de rejillas, allí viví jugando, perreando como un canalla, todo el santo día, a todas horas, sí, un pueblo lleno de ancianos gruñendo, de comadres dando voces, y ya, por entonces, las mozuelas llevaban a todas partes su esplendor, imagina ahora el mercadillo con su hora punta, su hora bien afilada, color cuchara, imagina el sol dando cabezazos, los manteles tirados sobre el suelo, las estanterías llenas de piñones, de nísperos, de garbanzos, las avellanas verdes, las pipas tostadas, imagina las naranjas repletas de sol, nos íbamos allí, todas las semanas, a merodear entre los tenderetes, a tirar de las faldas, a curiosear alrededor de los puestecillos, por allí estábamos con nuestras gamberradas, toda la chiquillería, todos los granujas del pueblo, acudíamos desde todas las barriadas, escurriéndonos como anguilas entre los chalanes y las señorías, y luego estaba mi madre, ella aparecía por todas partes, cuando menos te lo esperabas allí estaba ella, me fregaba la cara, un tirón de orejas por aquí, un pellizco por acá, mi madre llevaba casi siempre medias negras, un pañuelo también negro

sobre la cabeza, ella olía a pan, olía a masa que preparaba, cocida y así la veía, mirándome ella con los ojos muy abiertos, para no perderse una migaja, alrededor seguía el barullo, la muchedumbre haciendo de golondrina, la gente formaba corrillos en las aceras, cuchicheaba, y luego se espigaba por las plazuelas, los balcones asomaban por las ventanas, los árboles sorbían el aire, me acuerdo de ese sol que se nos metía por todo el cuerpo como un lagarto, un sol tozudo, corneando por todas partes, de esos que no te sueltan, de los que no te quitas de encima, los demás días de la semana, para matar el tiempo, nos íbamos al convento que por allí había, nos asomábamos a las celosías para, de ser posible, asustar a las monjitas, o nos íbamos, con toda la granujería, por la alameda, a veces nos caíamos de algún muro, nos abríamos las carnes, entonces gasas, vendas, cachetes, por ser travieso, por ser malo, a mí me llamaban el rubio, por tener los mechones como si fueran girasoles, por esas calles fui creciendo, en medio del ajetreo, como si eso fuera un nido de jilgueros, por entonces descubrí que se podía gritar desde el vientre, cuando algo te duele fuerte,

gritar hasta que las tripas te salgan por la boca, descubrí que se podía moler, machacar, darle puñetazos a las palabras, golpear duro, que no todo era ser malo con los puños, que podías ser bueno con la garganta, y eso me gustaba, era como si un imperio se me echara encima, como si de pronto fuese un rey, los demás chavales se me apiñaban alrededor, y las niñas, ellas se acercaban un poco más, y yo, entonces, atrapaba con las redes de la voz todo los peces que podía, todo el aire, toda la luz, y entonces me salían, ásperos, atontados de sol, los remolinos, los arroyos, los peñones, y, así, subía con la voz en lo alto, subía como una cruz, primero coleteando, era una lagartija aturdida, luego inflando, era un sapo cargado de veneno, y, por fin, me salía una voz ronca, de animal de cuadra, una voz herida de espada, no sabía que tenía eso dentro, como si fuera un clavo en carne viva, algo que te espetan y arranca pañuelos de grito, mi voz viene de esas calles rotas, de esos rincones retorcidos, no la aprendí a soltar en una capilla ni en un coro de gomina, ella vino sin avisar, como un ladrón, llena de noche, de vientre, una voz que se retuerce como un alambre, que

te pilla por el gancho, cuando me di cuenta ya era demasiado tarde, ya era irreparable, imposible de detener, por mucho que apriete las riendas, que le ponga losas, la voz salía, y ella iba por libre, como un perro callejero que se cuela en todas las casas, porque le puede el hambre, porque la vida te atrapa y no te suelta, porque el mundo es grande y ancho, entonces me llevaron a la taberna de la esquina, en mi familia el cante es más que una religión, una liturgia, un retablo, algo en todo caso que no se regatea, ni se vende, ni se compra, aunque te mueras de hambre, allí en la taberna aprendí el navajeo de las frases, aprendí que no se canta solo con la boca, hacia fuera, allí entre las mesas y las tablas aprendí que se canta desde dentro, con los dientes, se canta a cada beso, como si te atravesara una espada, con lágrimas roncadas, con los párpados, con ciruelos metidos hasta en el rojo de garganta, y cuando te falta el aire, cuando ya no hay dónde esconderse, entonces lo sueltas, entras a matar, te encaras con la misma muerte, la apaleas con bulerías, le arrancas los ojos, a cada fandango, le quemas la sangre, y así, las manos abiertas, como si fueran alas rotas, re-



cibes la vida, a ella también le cantas, con aire y hierro, por tierra y por cielo, le cantas todo lo que puedes, entonces descubres lo que nunca supiste, que estabas ciego, que aquí no hay rescates que valgan, que todo es naufragio, caminar hacia la nada, pero lo haces con alegrías y bulerías, pateando, golpeando, para que la muerte no te pille, miras el mundo como si fuera una moneda, y lanzas la voz al aire, la lanzas como un arpón, a secas, y allí en la diana de la muerte, la clavas, y ella, sobre la proa del aire, desnuda, morena, se pone a bailar, aprietas las nalgas, las caderas, los hombros, golpeas las manos, el arado entonces entra hasta el fondo, eso aprendí en la taberna, como si la voz fuera un beso que se llena de avispas, de clavos, de chumos, la voz es entonces una navaja que se rompe, se quiebra, y se vuelve a levantar, cruza todo el aire, hasta el muslo, y allí entra como un puño cerrado, como manos que se despiertan dentro de otro cuerpo, y así mi sangre aprende a cantar en la muerte, a roerla como un hueso, le arranca las uñas, le rompe los huesos, alrededor, en la sala oscura, los ojos de las mujeres brillan como sortijas, los hombres se callan como

las piedras, alrededor el silencio se encoge, la muerte se hace mansa, diminuta, ella tampoco se atreve a mover, fuera la luna se llena como un pecho, la noche se hace más redonda mientras las estrellas se quedan en el puerto, allí descargan sus mercancías, allí esperan que llegue la madrugada, que llegue el oleaje del día, y entonces regreso a casa, rendido, sin cuerpo, y entonces me tiro en la cama, como un navío sin ancla, vacío, angosto, con la herradura al vivo, quemando todavía en la garganta, me quedo con el cuerpo en tierra, caído desde otro planeta, por la ventana entra el aire fresco de la mañana, el cobre del día, tengo los ojos abiertos, como si fueran granadas, y entonces, lo sé, el tiempo nunca envejecerá, mientras siga cantando así, la muerte nunca podrá atraparme.